

ARGENTINA.
UN SUEÑO EXTINGUIDO

Javier Arias Artacho



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

Y era como si los dos hubiésemos estado viviendo en pasadizos o túneles paralelos, sin saber que íbamos el uno al lado del otro, como almas semejantes en tiempos semejantes, para encontrarnos al fin de esos pasadizos, delante de una escena pintada por mí, como clave destinada a ella sola, como un secreto anuncio de que yo estaba allí y que los pasadizos se habían por fin unido y que la hora del encuentro había llegado.

El Túnel, Ernesto Sábato

En memoria de mis abuelos, y en recuerdo de Argentina, aquel país que amo tanto.

PRÓLOGO

Hoy que tanto tiempo pasó, todavía no llego a comprender la exacta relación de los acontecimientos que nos unieron. No coordino la información que me ha ido suministrando mi vida, ni aquellas otras existencias que no viví, pero que participaron en la mía sin apenas saberlo entonces.

El tiempo avanza y se cierra sobre sí mismo, como la noche y el día en un nuevo amanecer, y yo intuyo que algo sucede, que algo se confabula en el universo para que yo lo comprenda. Esa esencia desde la que está constituido todo, ese enigma eterno que a veces resplandece lejanamente en el silencio de fugaces segundos, se me esfuma, se me desvanece apenas al intuirlo.

Me es difícil entender cómo todas las cosas entraron en armonía para que nosotros fuésemos posible. Toda una maraña de vidas que hoy sé que se enredaron mucho antes para que llegáramos a ser uno, la suma de dos. Pero, desde hace un tiempo, todos los que ya no están, los que fueron nuestras raíces, los que cimentaron nuestras vidas como nosotros con nuestros hijos, me alientan para darle un sentido a su historia. Aquélla que fue nuestra historia.

Como tú sabes, Paula, nuestro encuentro fue casual. Fue en uno de esos tropiezos de la eternidad, en un preciso instante de nuestra galaxia, aunque la casualidad no existiera, ni nos tropezáramos tampoco. Sucedió durante aquellos años en los que no se escribían estos *e-mails* a la infinitud, ni las distancias eran tan cercanas, ni los vuelos transatlánticos tan concurridos por argentinos devaluados, desertores del caos que había transformado los sueños de sus abuelos en quimeras de un país desahuciado. Fue con dieciocho años, en el último curso de la enseñanza secundaria, cuando ya te preparabas para acceder a la universidad y estudiar psicopedagogía en la universidad de El Salvador. Yo te pedí, creo que con amabilidad, que calla-

ras un poco y me dejaras presentar la asignatura y tú, desde el rincón donde imperabas con tus comentarios clandestinos, me fulminaste con una mirada odiosa que todavía recuerdo abrasando la mía. Aquél fue el instante en el que apareciste en el escenario de mi vida. Corría el año 1962 y yo acababa de desembarcar en Buenos Aires.

Después brindamos tanto nuestra felicidad, nos amamos tan sin límites, que es difícil comprender cómo nos mutilaron el futuro, cómo te arrancaron de mis brazos para secuestrarte y desfigurarte con golpes inútiles que no podían delatar a nadie, porque no sabías nada, ni tampoco querías saber.

Sólo querías morir, abrasada por descargas afiladas que te hacían estallar en tu lecho de torturas. Entonces tú anhelabas desvanecerte de tu realidad, desaparecer en la oscuridad de aquellos *shocks* dolorosos que te hacían perder el sentido. Pero, una y otra vez, despertabas en tu calabozo, aterida de frío, con los miembros desarmados, preguntándote cómo habíamos llegado a aquello.

Una pregunta que no podías contestar en aquel momento porque yo tampoco puedo casi treinta años después. Sí sé, que no existe un único culpable, sino más bien una amalgama nacional, una pugna entre militares de enfermiza tradición patriótica y *descamisados* imberbes que todavía añoraban el sueño peronista que ellos apenas habían conocido.

Pero todo no comenzó así, Paula. Ahora que me da por pensar en nosotros, quiero decirte que todo no empezó así. Déjame que te cuente cómo percibo hoy nuestra historia y el génesis de nuestro amor. Para eso he venido tan cerca del mar, tan próximo al arrullo incesante de su paz, a este apartamento estival que tú nunca llegaste a disfrutar con nuestros hijos. Este espacio que ahora se convierte en atalaya de nuestro pasado, aquél que conociste y aquél que no viviste, pero que existió diluido entre nuestras sombras familiares. Ellas son los espectros que sobrevuelan mi mesa para darle sentido a este relato, mientras el tibio sol helado de Cullera se asoma por mi ventana cerrada.

I

Nosotros comenzamos a existir aquí, al noreste del Atlántico, en esta desgastada piel de toro, cuando nuestros abuelos bosquejaron nuestras existencias sin apenas habernos conocido. Fue bastante antes de que yo decidiera abandonar el pueblo y cruzara el océano en tu búsqueda, antes del general Franco y de la última guerra civil, en una época en que los míos lucharon para obtener una posición y unos bienes que yo acabé heredando algún tiempo después. Ninguno de ellos podría haber sospechado que anhelaría partir, llenar mi maleta de quimeras para navegar hacia el Río de la Plata, cuando tenía un porvenir en ciernes, una vida acomodada y un futuro que todavía muy pocos llegaban a soñar.

Pero mi huida de España ni fue por el franquismo ni por la falta de libertades. Mucho menos por los naufragios económicos que lanzaron a tus antepasados a las Américas. Durante aquel inicio de la década de los sesenta, en Alzira me sobraba casi de todo, incluso libertad. Pero yo sentía mi existencia atezada, mis días contaminados por una insatisfacción inquieta que quebraba mis cimientos. Tenía ansias de conocer lo desconocido, deseos de coronar cimas nuevas. En definitiva, padecía juventud en ebullición.

Como muchas veces te dije, la abundancia crea más insatisfacción que la pobreza, aunque no que la miseria. A mí nunca me faltó de nada. Mi padre, Agustín Escrivá Oliver, tenía la serrería más importante del pueblo, con más de treinta empleados y demasiado trabajo. Fabricaba envases cítricos, mientras el país se desentumecía del letargo de la penuria y comenzaba a dormir un pasado fratricida. Era un negocio familiar que había hecho prosperar mi abuelo, bastante antes de la guerra, cuando Alzira fue el emporio de la naranja y sus tierras de azahar estaban sometidas a la especulación que trae la riqueza. Éramos una de esas familias económicamente muy esta-

bles, después de años de entrega por parte de mi abuelo Enrique y por parte de mi padre, Agustín.

Mi abuelo había visto su porvenir destrozado inmediatamente después de la caída republicana, allá por el verano de 1939. Su afinidad con el antiguo gobierno de Azaña y la calamitosa situación en la que quedó el país después de la contienda, le hicieron pensar en el fin de su negocio. Pero no fue así. Mi padre, después de sobrevivir a la guerra, fue purificado por Dios y por todos los que se ofrecieron en sacrificio bajo la bandera de Franco, e hizo renacer de las cenizas la serrería Escrivá Oliver.

Mi padre fue un hombre de su tierra, decidido a llevar adelante sus proyectos. Ambicioso y cauto, honrado y oportunista, llevó al auge su empresa familiar no sólo por su perseverancia, sino también porque estuvo casualmente en el lugar que debía estar. Siempre supo perfectamente que todo podría haber sido de otra manera, tan diferente que nosotros jamás nos hubiésemos llegado a conocer.

Cuando estalló la guerra, él era uno de los señoritos acomodados del pueblo. Se peinaba con gomina y cuidaba su bigote negro casi con un esmero femenino. Los domingos se trajeaba con un pañuelo en la solapa y se coronaba con un sombrero algo caído hacia delante, que bajaba y subía con el pulgar, como si fuera el telón de unos ojos que muchas veces escondían sus sentimientos.

Apenas tenía veinte años, pero ya hacía muchos que trabajaba con mi abuelo Enrique, porque nada más terminar su bachillerato, decidió dedicarse completamente a la administración de la serrería. Su padre había programado un relevo generacional que Agustín aceptó orgulloso. Al fin y al cabo, él era el único hijo que tenía para inmortalizar su esfuerzo y para que su sueño se postergara a sus nietos. Sus tres hermanas poco podían servir para asuntos económicos durante aquellos tiempos en los que la mujer todavía continuaba vetada para escribir por sí misma su propia historia.

Mi abuelo deseó lo que años después mi padre quería repetir conmigo, y lo mismo que mi tío Salvador anhelaría de mis primos en la tierra de Gardel: una perpetuidad que no se nos ha concedido a los humanos y que depositamos desesperadamente en nuestra estirpe; una codicia de eternidad frustrada por nuestra pobre condición mortal.

Mi padre aprovechó su destino y comenzó a disfrutar su suerte desde muy joven. Poco antes de la guerra, ya conducía su coche por las estrechas calles del pueblo y se paseaba por los prósperos campos de Alzira, con sus tierras alfombradas de naranjos y aderezadas de enhiestas palmeras al cobijo de la montaña. Ya por entonces se codeaba con las mejores familias de la comarca y hacía planes de boda con la que sería mi madre, una jovencita llamada Teresa que hubiera amado a Agustín aunque no hubiese tenido nada.

Pero la guerra fulminó aquel tan burgués estado de cosas y, como si de un cataclismo se tratara, no sólo destruyó la economía, sino que consiguió derrocar a familias como las de mi abuelo Enrique y mi abuela Remedios, que vieron a los suyos divididos en dos bandos, como ridículas miniaturas de una realidad nacional.

Mi abuelo, Paula, fue un hombre de principios durante toda su vida. Incluso hasta en el momento de su muerte, cuando todos sus hijos le imploraron ante su vetusto camastro que dejara venir a don Paco, el párroco de Santa Catalina, para que pudiera recibir cristianamente el sacramento que todo buen cristiano merecía en su última hora. Pero mi abuelo Enrique había levantado la serrería a fuerza de tesón, había alcanzado una posición social y económica derrochando tesón, y quería morir balbuceando las mismas ideas que había proclamado durante toda su vida. Con el mismo tesón.

—Soy rojo, le pese a quien le pese, Agustín. Perdí la guerra, pero no mi dignidad—hizo un silencio para poder continuar, como siempre recordó mi padre—. No quiero ver a un cura en mi casa mientras me quede un aliento de vida. Por mí, pueden irse todos al mismo infierno.

Entonces mis tías y mi abuela Remedios se santiguaron entre lágrimas gastadas y se consolaron pensando que mi abuelo Enrique había perdido definitivamente el juicio, y rezaron para que Dios se apiadase de su alma y lo acogiera en su gloria. Sin embargo, olvidaron que lo que decía aquel hombre cansado y vencido era lo que siempre había sostenido durante su vital peregrinaje ateo.

A la Iglesia no la odiaba por principios, sino por continuidad marxista. Es decir, entraba en el precio, venía todo conformado por una misma ideología, y su dios no tenía nada que ver con aquél que anunciaban desde Roma. En su última hora, proclamaba lo que ha-

bía defendido durante toda su vida y lo que le había alejado de su único hijo, aquél que había visto partir hacia las trincheras del bando nacional.

Mi padre nunca se sometió a las ideas de mi abuelo Enrique, que defendió la República con la misma entrega con la que un misionero se entrega a Dios. En cuanto pudo, mi abuelo se afilió al partido comunista, con un idealismo que no correspondía a su posición social, pero sí a su origen. Y hasta podría haber alcanzado la alcaldía de su pueblo, si la guerra no hubiese terminado con su proyección política y con su sueño de éxtasis triunfal. Un sueño que se hizo añicos el día que mi padre le dijo que se iba al frente, pero para defender el orden en un país en manos de dementes sin principios ni religión. Y esta apreciación lo incluía a él también.

Ni tú ni yo, Paula, podemos imaginar la ignominia que supuso para mi abuelo Enrique. Sobre todo cuando en Alzira se supo que el hijo de don Enrique Escrivá Oliver se iba a luchar contra aquellos principios que mi abuelo había defendido durante toda su existencia. Pero mi padre había optado por ese camino como un signo de identidad, como un insensato alarde de rebeldía, casi como yo años después, cuando decidí apostar por mi peripecia argentina. Probablemente, si mi abuelo Enrique no hubiese sido tan intransigente con sus ideas, ni a mi padre le hubiese sobrado tanto todo, quizás él, su hijo Agustín, no hubiera decidido alistarse en aquella peligrosa correría que jamás imaginó que le pudiera costar la vida.

Es verdad que mi padre se movía con las mismas aspiraciones de juventud y rebeldía que tiempo después se incubarían en mí. Pero también es verdad que pesó mucho en su decisión el amor por mi madre y los valores que se habían gestado en ella.

Teresa, mi madre pertenecía a una familia devota y tradicional que había vivido la aversión republicana contra todo lo católico. Ellos, como una gran parte del pueblo, vieron desde el asalto y destrozo de templos y ermitas de La Ribera, hasta el fusilamiento de algunos religiosos que el único grave pecado que habían cometido era ser lo que eran. Se atiborraron de miedos y nutrieron un evidente malestar social que alcanzó a muchos, mientras mi abuelo Enrique veía que las cosas no iban bien, pero no por culpa de la República, sino por aquéllos que le hacían la vida imposible.

No es difícil imaginar entonces por qué mi padre y otros compañeros abandonaron el pueblo rumbo a Madrid con un mismo anhelo como motor para sus pasos: poner orden en aquel país que se tambaleaba por el limbo de la anarquía. Una patria que necesitaba de jóvenes, de héroes, de valientes, que, como el antiguo pueblo judío, tuvieran a su Dios luchando junto ellos y guiándolos hacia la conquista de una bandera prometida.

Según creyó siempre mi padre, la mañana más triste para mi abuelo Enrique fue la que su hijo Agustín partió hacia el frente. Hacia el otro frente. Aquel día su primogénito murió para él y nunca sabría mi padre si aquel hombre que se desangraba de sus ideales le deseó la muerte o no. Lo cierto es que nunca jamás volvió a dirigirle la palabra, ni a mirarle, ni a escucharle cuando estuviese delante. Hasta el día en que murió, proclamando su honra al indigno vástago que lo había traicionado.

Pero la aventura, el sacrificio, la estadía en el frente franquista por su parte, llámalo como quieras, Paula, fue una expiación para mi familia. Después de la guerra, muchos republicanos se desterraron, otros fueron aniquilados o encarcelados, y los menos se condenaron al olvido, aislados de la sociedad. Cualquiera de estas posibilidades habrían sido el destino natural de mi padre y su conocida serrería. Sin embargo, algo se confabuló en el universo ya desde entonces, algo que quiso que yo fuera el que soy y no otro, porque mi padre fue enaltecido por un inusitado fervor popular, recompensado por su gesto patriótico. Aquél que loarían los que antaño salmodiaban rezos abatidos y ahora encomiaban a Agustín, el hijo de don Enrique Escrivá Oliver, el que se jugó la piel ante su padre y ante los rojos.

Mi abuelo Enrique comprendió su devaluación y quedó acorralado por su doble derrota. Derrumbado, hamacándose en el patio del caserón, pasaba las horas venerando un recuerdo que alentaba su vida, pero que, a su vez, le azuzaba la miseria de su presente. Mi padre, con el beneplácito de mi abuela Remedios, y ante la pasividad de su marido, heredó el señorío de la serrería para arrastrarla nuevamente hacia la prosperidad. Sólo esto salvó de las tinieblas a aquel negocio prebélico que continuó adelante porque Agustín, el

hijo de don Enrique, gozó de tal gloria en Alzira, que fueron pocos los poderes económicos de la zona que esquivaron su empresa. El pueblo supo bendecir su entrega y deslealtad ideológica.

Así es como la serrería Escrivá Oliver resucitó, gracias a la expiación de mi padre, quien nunca imaginó que su paso por el frente pudiese costarle la vida como a tantos otros, y que éste fuese el impulso definitivo para convertirle en pocos años después en el hombre respetado que alguna vez había sido mi pobre abuelo Enrique.

Ya en aquel entonces tú y yo comenzábamos a acercarnos un poco más sin ni siquiera, todavía, haber nacido.